



EL ESPÍRITU DEL MERCADO

José Vicente Valle

Juan Antonio Gamón estaba muy ilusionado. Después de muchas vicisitudes, préstamos, idas y venidas a varios bancos, hoy, precisamente hoy, iba a cumplir el sueño de su vida, hoy, Juan Antonio Gamón iba a abrir su primer puesto de pescados y mariscos en el Mercado de Chamartín.

El lugar no lo había elegido al azar. Creció en el barrio, en la cercana calle de Trueba y Fernández y, desde muy pequeño, había acompañado a su madre a hacer la compra a este mercado, en pleno barrio de Chamartín, en la confluencia de las calles de Bolivia y Potosí.

Ya de niño, le encantaba el paseo por los pasillos largos y rectos del mercado y subir por las escaleras a la planta superior. Le asombraba el mimo con el que los tenderos exponían su

género y colocaban, a veces uno a uno, los alimentos que ponían a la venta.

¡Cómo olvidar la completa paleta de colores que ofrecían las frutas y el espectro de verdes y marrones de las verduras!

Luego estaban las carnicerías, con su mármol blanco, inmaculado, donde se exponían los cortes de las diferentes carnes, con colores desde el rosa pálido al rojo vivo.

Pero quizás lo que más impresionaba al niño de diez años eran las canales de corderos colgados de un gancho en la parte frontal del puesto, exhibiendo impudicamente los *carrés* de chuletas, que tan ricas estaban luego, cuando se las preparaba su madre, frititas con ajo y tomillo.

Y en algunas carnicerías, no muchas, había más sorpresas, animales muy raros para el crío, cochinillos blancos, pulardas, pintadas, becasas,

faisanes y las cabezas de cordero con sus ojos ovinos mirándole, fijamente, desde el mármol donde las habían depositado.

Y llegaba el plato fuerte del paseo por el mercado, las pescaderías. A Juan Antonio, las pescaderías le hechizaban, literalmente. La simple vista de los peces y los mariscos expuestos encima de su cama de hielo, rodeados por manojos de helechos verdes, hacía que el niño se parara irremediabilmente delante del mostrador.

Allí estaban los pescados, con sus brillantes ojos, casi interrogándole acerca de sus gustos. La señorial merluza, grande y gruesa, las pescadillas, algo más pequeñas. El enorme congrio con su cara de pocos amigos y las coloridas gallinetas de aquél naranja vivo, rivalizando en color con los salmonetes, que parecían a punto de saltar al suelo y alejarse aleteando.

Después de un rato admirando los peces, el muchacho se acercaba a la zona de mariscos, donde se asombraba del tamaño de centollos y bogavantes, con sus enormes y temibles pinzas. Los raros percebes... - ¿Quién se comería eso por primera vez? - se preguntaba el crío.

Las gambas, langostinos, carabineros y cigalas, perfectamente colocados como si se tratase de una parada militar de crustáceos.

Sus padres querían que el niño estudiara, que llegara a la universidad y Juan Antonio, muy obediente, lo haría, pero su gran sueño era ser pescadero y tener, algún día, un puesto de pescados y mariscos en el Mercado de Chamartín. Y por eso, después de estudiar la licenciatura en Biología y de no encontrar un trabajo que le llenara de verdad, se lio la manta a la cabeza y montó un pequeño puesto de pescados y mariscos en su querido Mercado de Chamartín. El puesto era pequeño, apenas dos mostradores separados por un estrecho paso por el que Juan Antonio accedía a su pasillo detrás del expositor y a la cámara donde guardaba el género. Antes, se había presentado a varios cursos impartidos por profesionales formados y expertos, lo que le sirvió para aprender y entender cómo era el trabajo de pescadero. Duro, muy duro. Había que levantarse muy temprano, porque a las tres de la mañana ya estaba paseando por el inmenso mercado de mayoristas que es

Mercamadrid, escogiendo las mejores piezas que luego expondría en su puesto.

Se le metía el frío en el cuerpo y la humedad, necesaria, del gran mercado mayorista, le hacía sentir como si estuviera dentro de una gran piscina llena de pescado.

Menos mal que, a eso de las cinco, Juan Antonio terminaba su compra casi diaria y se dejaba caer por la cafetería para tomar un reconfortante y calentito café con leche, a veces acompañado de una porra y a veces, simplemente, el café.

Luego, ya con la furgoneta cargada, de vuelta a Madrid, al barrio de Chamartín y a su mercado, para colocar perfectamente lo que había comprado y esperar que hoy, el público quisiera comprarle a él y no a los otros pescaderos.

La colocación de los peces y los crustáceos era una tarea a la que Juan Antonio le daba muchísima importancia.

— La compra se hace, primero, con los ojos- Le habían dicho los profesionales de los cursos y Juan Antonio se lo tomó al pie de la letra.

Primero, una gran cama de hielo en escamas, para que el pescado no sufriera y el calor no hiciera mella.

Después, uno a uno, colocaba, primero los pescados, por especies y tamaño, exponiendo en la parte central del mostrador, los más sugerentes y coloridos.

Ese día, para la inauguración, había elegido cuatro rodaballos enormes que colocaría en fila. A su lado ocho merluzas de *Burela*, gordas y jugosas, que dispondría de cuatro en cuatro en dos filas, con los ojos mirándole a él y el cuerpo expuesto al público, para que las escamas refulgieran con las luces de neón.

Justo a la izquierda de las merluzas, dos filas de doradas de cultivo, rotundas en su redondez y a su lado, las estrellas del puesto, cinco lubinas de estero, colocadas cabeza con cola y escalonadas, brindando su terso lomo al mundo.

En la otra parte del expositor, pasado el estrecho pasillo de acceso, colocaría los crustáceos y los moluscos.

En la parte más alta, las cigalas de tronco, carísimas, pero que confiaba vender a lo largo del día. Después dos filas de bueyes de mar, centollos y cuatro bogavantes con las pinzas bien su-

jetas con gomas anchas, -No vayan a enganchar a algún cliente-, pensó sonriendo Juan Antonio. Por último, tres zonas bien delimitadas, con langostinos, carabineros y gambas arroceras, que, como su propio nombre indica, son las mejores para los arroces, y con sus caparazones y cabezas se puede hacer un espléndido fondo de pescado.

Todos ellos fielmente escoltados por una doble fila de calamar de potera a ambos lados que, a modo de guardia pretoriana, protegían al resto de ejemplares.

Cuando Juan Antonio terminó de colocar todo, salió al pasillo y miró, satisfecho, la perfecta colocación que le había llevado casi dos horas de su tiempo.

Hoy, día de inauguración, todo tenía que estar perfecto, nada podía fallar y consideraba muy bien empleado ese tiempo.

Miró su reloj -las ocho y cuarto- y aún tenía un rato hasta que el mercado abriera sus puertas a las nueve en punto, así que, decidió darse un paseo para ver el resto de puestos.

Colocó un enorme plástico opaco encima del mostrador, tapando y protegiendo los pescados de la luz y del aire y se fue silbando lentamente por el pasillo adelante, hacia las carnicerías de la planta baja y, de paso, a echar un vistazo, casi de reojo, a las demás pescaderías, para ver el trabajo que habían hecho sus compañeros.

Al pasar por la cafetería, comprobó que ya estaba abierta y el suave y penetrante olor de café recién hecho le cautivó.

Se sentó en una banqueta y pidió un café con leche que degustó con tranquilidad, aún le quedaba tiempo antes de abrir por primera vez su flamante puesto.

Cinco minutos antes de las nueve, Juan Antonio pagó su café, y decidido, marchó hacia su puesto. Cuando llegó, ya empezaban a entrar los primeros clientes que, informados de la nueva apertura de la pescadería, acudieron a ver la pequeña tienda de Juan Antonio.

Éste, estaba sonriente, todavía con el mostrador tapado por el plástico opaco, la vista del pescado había de ser espectacular.

Esperó unos minutos para que aún acudiera más público y, de forma muy solemne, carraspeó y dijo:

— Buenos días señores clientes. Es para mí un honor darles a todos, la bienvenida a mi puesto, “Pescados y Mariscos, Gamón”

Mi nombre es Juan Antonio y estaré encantado de servirles el mejor género de todo el mercado-Bajó por el pasillo y, mirando hacia la gente, apartó el plástico que ocultaba la magnífica disposición que tanto tiempo le había llevado.

Se quedó mirando la cara de la gente, quería ver su asombro ante la colocación exquisita y tan cuidada y no vio lo que había sobre el expositor.

La gente, casi al mismo tiempo, exclamó:

— ¡Ooooohhh! -

Y Juan Antonio sonrió aún más. No le cabía la más mínima duda, todo el público estaba impresionado con su mostrador.

De pronto comenzó a ver caras de asombro, algunas de repulsa y comenzaron los cuchicheos entre las personas.

Poco a poco comprobó, con temor, que el público se iba marchando y que, apenas, una o dos personas se quedaban e incluso sacaban sus teléfonos móviles para hacer una foto.

Juan Antonio no entendía nada, ¿Qué estaba pasando?, ¿Por qué se iban? Había estado dos horas colocando el pescado y ¿No les había gustado?

Volvió la cara al mostrador y lo que vio le dejó horrorizado.

De la colocación impresionante que había estado haciendo, no quedaba nada.

El pescado estaba revuelto, las piezas unas encima de otras, sin orden ni concierto.

Los salmonetes amontonados bajo las merluzas y las doradas arrebujadas contra la pared del puesto. Los crustáceos tenían peor aspecto, montones de gambas arroceras, escondían con su volumen los cuerpos de las centollas y cigalas, mientras que los bogavantes estaban sobre la espalda y medio hundidos en el hielo.

Juan Antonio no se podía explicar qué había pasado. Solo había faltado media hora de su puesto y el caos se había apoderado del mismo.

— ¿Quién puede ser tan mala persona como para hacerme esto? - Se preguntaba Juan Antonio.

Miró a los demás pescaderos, todos estaban ocupados en servir a su público, pero entre ellos tenía que estar el culpable.

Juan Antonio subió a su pasillo y se sentó en un pequeño taburete. Puso la cabeza entre las manos y quiso llorar de rabia y de vergüenza. Cinco minutos después, volvió a poner el plástico sobre los pescados y se fue hacia el despacho del gerente del mercado.

Una vez allí, le dijo:

— No sé qué clase de gente tiene usted aquí, pero alguien me ha fastidiado mi puesto hoy, en mi primer día.

El gerente le miró e, indicándole una silla al otro lado de su mesa, le dijo:

— Tranquílese, tome asiento y explíqueme a qué se refiere, por favor.

El pescadero se sentó, aún con su mandil recién estrenado todavía puesto, y comenzó su relato. El gerente le escuchaba muy serio y tomaba notas en un pequeño cuaderno de tapas negras.

Al final de la exposición de Juan Antonio, el hombre le dijo:

— Bueno, le confieso que es la primera vez que ocurre algo así. Los pescaderos del mercado llevan mucho tiempo aquí. No digo que sean íntimos amigos, pero se respetan entre ellos y no dude de que le respetan a usted también. Nadie de este mercado ha podido llevar a cabo esa acción tan humillante, se lo aseguro.

Juan Antonio estaba indignado:

— ¿Cómo que nadie del mercado? ¡Pues ya me dirá quien lo ha hecho! Las puertas estaban cerradas y dentro del mercado no estábamos más que los comerciantes.

El gerente juntó sus manos delante de él y contestó.

— Lo sé, lo sé, pero me niego a pensar que cualquiera de mis comerciantes provoque ese caos que me ha contado. No obstante, investigaré el asunto. Usted vuelva a su puesto, coloque de nuevo su género y ya verá como la gente va a comprarle. Este asunto se olvidará pronto y tendrá su pescadería lista y funcionando con normalidad. Créame.

Juan Antonio dejó, no muy convencido, el despacho del gerente y volvió a su puesto.

Al llegar, tiró del plástico y comprobó el caos que tenía delante. Suspiró y lentamente volvió a colocar todo el género tal y como lo había hecho por la mañana.

Cuando el mercado cerró a las ocho de la tarde, la caja de Juan Antonio en la pescadería apenas si tenía unos euros.

Había vendido muy poco. La noticia de que la pescadería era un desastre se había corrido por el mercado y era la comidilla de todos los clientes y eso no era un buen reclamo para vender. Juan Antonio, apesadumbrado y triste, guardó el pescado en sus cajas de corcho blanco y lo almacenó en la cámara.

— Por lo menos mañana no tendré que ir a Mercamadrid- se dijo, intentando paliar el enorme disgusto que aún le duraba desde por la mañana.

Apagó las luces y cabizbajo, dejó el mercado en dirección a su casa.

A la mañana siguiente, nada más llegar a su puesto en el mercado, Juan Antonio sacó de nuevo el género, lo colocó con esmero y lo cubrió con el plástico opaco.

Como el día anterior, se encamino a la cafetería y se tomó, no con demasiada tranquilidad, un café con leche.

Cinco minutos antes de que el mercado abriera sus puertas, volvió a su puesto, quitó el plástico protector y, una vez más, todo el pescado estaba descolocado.

— ¡Esto es demasiado! - Gritó Juan Antonio Se volvió hacia la galería y gritó:

— ¿Quién es el desgraciado que me está haciendo esto?

Los comerciantes le miraron, pero ninguno dijo nada. Juan Antonio se volvió hacia el mostrador y comenzó, de nuevo, a colocar el pescado.

— Disculpe, veo que tiene problemas.

Juan Antonio, sorprendido, se volvió y se encontró de cara con un hombrecillo, ya mayor, al que reconoció como el afilador del mercado, el que ocupaba el puesto más pequeño de todos y que debía llevar allí desde que se puso la primera piedra del edificio.

Juan Antonio le contestó:

— Sí, ya ve. Algún desalmado me descoloca el género que tanto me cuesta colocar.

El hombrecillo sonrió.

— No crea que aquí hay mala gente. Todos queremos vender, pero ni nos molestamos, ni hacemos daño a los compañeros.

Juan Antonio le miró.

— Entonces ¿quién me hace esto? y ¿por qué?
El hombrecillo se acercó un poco a Juan Antonio

— ¿Sabe la historia de éste puesto?

— ¿Historia? ¿Qué historia?

El hombre sonrió aún más.

— Me ha caído usted bien, se la voy a contar.

Juan Antonio levantó las manos.

— No, déjelo, tengo demasiado trabajo, como ha podido apreciar, me paso media mañana colocando el pescado para que alguien venga y me lo descoloque poco después. No tengo tiempo para historias-

El hombre no se daba por vencido.

— Déjeme que se la cuente, seguro que después me lo agradecerá.

Juan Antonio le miró y comprendió que no iba a poder quitarse de encima al hombre así que, suspirando, contestó:

— De acuerdo, adelante, cuénteme esa historia.

— Verá, llevo en mi puesto del mercado casi cincuenta años, prácticamente desde que abrió y he visto pasar a mucha gente, ¡muchísima! por aquí, y no sólo le hablo de clientes, también de vendedores.

— Este puesto que usted ocupa ahora no estaba en el plano original cuando se construyó el mercado, lo hicieron después, cuando dividieron el de al lado y quedó esta parte, más chiquita y que nadie quería.

— Pues bien, una mañana apareció por aquí un hombre no muy joven. Compró el puesto y montó una pescadería. Se llamaba Pedro García y era un antiguo pescador cántabro que se vino a la capital cuando se cansó de pescar.

— Ni corto ni perezoso comenzó a montar su pescadería. La verdad es que colocaba los pescados de forma muy artística, así, como en forma de abanico, ¿Sabe usted? Quizás por eso y porque solo compraba y vendía el mejor pescado, tuvo mucho éxito y la clientela no le faltó nunca. Hacía muy buena caja todos los días.

El hombre paró un momento para sonarse la nariz y luego siguió:

— El caso es que la noticia de su éxito voló por el mercado y, como suele ocurrir, comenzó a molestar a los demás pescaderos. Ellos no vendían tanto como él y los rumores corrieron por los pasillos.

— Pedrín, que así le llamábamos por ser bastante bajito, cada día hacía más dinero y los demás

se cansaron de aguantar las bravatas que el pescador contaba sobre las cajas que hacía.

— Nadie sabe quién ni cómo, pero un mal día, Pedrín, apareció muerto, caído sobre el expositor. Los médicos de urgencia que acudieron, dijeron que había sufrido un ataque al corazón, pero por el mercado se oían rumores de que lo habían matado, aunque nunca llegó a saberse del todo. El caso se olvidó y este puesto ha permanecido cerrado hasta que ha llegado usted. Juan Antonio había seguido con relativo interés el relato del viejo:

— ¿Y qué tengo yo que ver con esa historia?

El anciano sonrió, de nuevo:

— Pedrín era un apasionado del orden y la colocación del género y, por lo visto, parece que no le gusta cómo coloca usted el pescado.

Juan Antonio le miró atónito:

— ¿Qué no le gusta mi colocación? ¿A un muerto? El hombre sonrió levemente:

— Eso es, a Pedrín no le hace gracia que coloque el género como lo hace usted, así que se lo descoloca para que le deje disponerlo a su manera. Juan Antonio estalló en una carcajada:

— ¡Vamos hombre! ¡No me haga reír! ¿Un fantasma ha vuelto para descolocarme el pescado y luego colocarlo porque no le gusta como lo hago yo? ¡Venga ya!

El hombrecillo dejó de sonreír:

— No me haga caso si no quiere, y si lo que prefiere es andar colocando todo el día el pescado, olvídense de mi historia, ¡allá usted! Yo solo le digo que deje a Pedrín que le disponga el género, no tendrá que hacerlo usted y le irá mucho mejor. El hombre se dio media vuelta y se marchó sin decir nada más.

Juan Antonio se le quedó mirando y luego con una carcajada volvió a su trabajo.

Esa noche, metido en su cama, no podía dormir. No hacía más que darle vueltas a lo que le había contado el afilador. Por fin, agotado, consiguió dormirse y soñó con Pedrín, con el pescado descolocado y con su puesto, que cada día vendía menos.

A la mañana siguiente había tomado una decisión, una locura como se decía a sí mismo; dejaría el pescado sin colocar, lo taparía con el plástico protector y se iría a desayunar. A su vuelta, tendría la prueba palpable de que le habían to-

mado el pelo y de que Pedrín... simplemente, no existía.

Tal y como lo pensó, lo hizo. Dejó el pescado disperso por el mostrador, lo tapó y se fue a desayunar.

Media hora después, volvió al puesto. Se quedó un momento mirando y luego con un tirón fuerte, destapó el mostrador tirando del plástico...

Lo que vio le dejó casi en estado de shock, todo el pescado estaba colocado perfectamente, por especies, tamaños y colores y todo en forma de abanico, las colas de las merluzas juntas y las cabezas, como flechas, mirando hacia el pasillo. Los salmonetes igual, las cigalas, las doradas, hasta las gambas aparecían pulcramente colocadas siguiendo la forma de un abanico perfecto.

Juan Antonio no se lo podía creer, miró a un lado y a otro, el pasillo estaba vacío, pero allí estaba, todo el género genialmente colocado.

Al abrir el mercado las puertas, el público que pasaba por delante del puesto de Juan Antonio no podía evitar pararse y contemplar el espectáculo.

Ese día, Juan Antonio vendió casi todo el pescado y estaba muy contento.

Los días siguientes, Juan Antonio repitió la "locura" del primer día. Dejaba todo el pescado amontonado y cubierto por el plástico, se iba a desayunar y a su vuelta todo estaba colocado en perfecto orden.

Así, día tras día, semana tras semana, Juan Antonio cumplió su compromiso con Pedrín, el viejo pescador cántabro. Él compraba el pescado y el fantasma se lo colocaba una y otra vez.

Varios meses después, Juan Antonio se había hecho con una clientela fija que le compraba todo lo que ponía a la venta.

Una mañana, cuando Juan Antonio más ocupado estaba vendiendo el pescado, por el rabillo del ojo, observó cómo se acercaba el viejo afilador del mercado. Vio que se paraba delante de su puesto y alzando la mano derecha le saludaba al mismo tiempo que le guiñaba un ojo. Juan Antonio correspondió a su saludo con un guiño cómplice y una sonrisa franca y agradecida. El viejo afilador sonrió y continuó por el pasillo en dirección a su puesto.

El Mercado de Chamartín continuaba teniendo su espíritu...

Ilustración: Pablo Moncloa

